

XVIII

### Confidencia y confesión

Al escribir la primera frase de sus *Confesiones*: «Emprendo una tarea sin precedente en la historia y en la que no tendré ningún imitador», Rousseau demostró ser un historiador desmemoriado y un mal profeta. Lo primero, porque es sabido que, en los primeros tiempos de la Iglesia, los penitentes se acusaban en alta voz de sus pecados, ante los otros fieles; y lo segundo, porque nadie ignora que desde que el filósofo ginebrino

escribió su famoso libro, muchísimos escritores no han vacilado en revelar al público los pormenores más indiscretos de su vida privada y de sus sentimientos más íntimos.

Apresurémonos á añadir que de todas las revoluciones desencadenadas por el genio de Rousseau en la política y en las costumbres, al menos la presente ha dado algunos frutos sanos. Esta excitación á la sinceridad infundió nueva savia á la literatura y produjo la aparición de algunas obras maestras. Ninguna composición literaria, en efecto, es tan interesante, tan conmovedora, ni tiene tantas probabilidades de pasar á la posteridad, como las páginas en que un escritor procura de buena fe mostrar su alma al desnudo, sin sombra de artificio. La empresa no es tan fácil como parece. Entre la mente que recuerda y la mano que escribe hay un abismo á menudo infranqueable, ocupado por el amor propio y la vergüenza. Desconfiad siempre de las confesiones literarias; se les puede aplicar, por regla general, lo que se ha dicho de ciertas traducciones: son hermosas pero infieles. Es natural que el retrato del pintor hecho por sí mismo resulte siempre un poco favorecido.

¡Qué valor necesitaba tener, en cambio, el cristiano de los primeros siglos, para declarar sus faltas y pedir perdón, arrodillado humildemente en medio de todos sus hermanos! Digámoslo bajito: esto es demasiado grande para nuestra pequeñez actual. Una vez

fuera de las catacumbas romanas, la Iglesia hizo muy bien en establecer la confesión secreta, en exigir de parte del confesor la reserva más absoluta y en ocultarle en la sombra del confesonario.

Para cualquiera que aspire á su perfeccionamiento moral, el examen de conciencia constituye una verdadera necesidad. No recuerdo en qué comedia, al decir neciamente uno de los personajes: «Yo no entro nunca más que en casa de las personas dignas de aprecio», un chistoso le replica diciendo: «Si no entrásemos más que en casa de esas personas, apenas visitaríamos á nadie, y aun habría días en que no podríamos regresar á casa.» Estas irónicas palabras encierran una verdad incontestable. Al hacer de cuando en cuando el balance de nuestra vida, descubrimos fácilmente, por perfectos que seamos, infinidad de pensamientos y palabras junto con un buen número de obras, de las cuales estamos muy lejos de enorgullecernos. Si consideramos el escaso bien que hacemos, no sólo podemos repetir á menudo la frase de Tito: *Diem perdidí*, sino que hallaremos con frecuencia entre nuestros recuerdos materia sobrada para bajar la frente, roja de vergüenza. Aun dejando aparte todo sentimiento religioso, esta especie de contabilidad moral da excelentes resultados. El hombre que cada día entra un rato dentro de sí mismo y examina con severidad sus actos, se perfecciona rápidamente.

Sin embargo, este examen no es suficiente; luego

de haberlo hecho, la mayoría de nosotros necesitamos exponerle á alguien el estado de nuestra alma. Es una verdadera sinrazón el burlarse de los confidentes del teatro antiguo. En los momentos dolorosos de la vida, todos buscamos un confidente dispuesto á oír nuestras cuitas. Le hablamos en prosa vil, en estilo pedestre, familiar, y no en sonoros alejandrinos: he aquí la única diferencia. Los prudentes—y muy pocos lo son en tales casos,—sólo abren su corazón á algún amigo fiel cuya discreción han puesto á prueba; pero los más confían sus secretos de conciencia al primero que llega; tan imperiosa es esta necesidad de la naturaleza humana.

¿Cómo explicar, no obstante, que casi nunca nos consuelen del todo nuestras confidencias? ¡Ah! es que el hombre es un tejido de contradicciones, y en el instante mismo en que un poderoso instinto le impulsa á decirlo todo con entera franqueza, se ve retenido y arrastrado en dirección contraria por un sentimiento de temor y de vergüenza. Es que, aun ante el amigo más íntimo y más indulgente, sólo decimos la verdad incompleta y desfigurada, procurando no olvidar las circunstancias atenuantes que nos disculpen y favorezcan.

Un día sentimos que alguna falta pesa demasiado sobre nuestra conciencia y queremos aligerarnos confiándola á un amigo fiel. Este nos escucha con indulgencia y nos dirige palabras de consuelo. ¿Para qué,

si al dejarle nos consta que le hemos ocultado una parte del mal? No hemos conseguido más que aumentar nuestra tristeza y nuestra vergüenza con el remordimiento de haber engañado á un buen amigo.

Estas confesiones se parecen á las de los escritores, que, como he dicho antes, necesitan comprobación.

Recordad las hermosas páginas en que Rousseau, con acentos del arrepentimiento más amargo, se acusa de haber achacado á una sirvienta un hurto cometido en su infancia, siendo lacayo de Madame de Vercellis. Los enemigos del filósofo pretendieron, después de publicado el libro, que el objeto robado no era un lazo sin valor, como Rousseau decía, sino una cuchara de plata. Yo no puedo creerlo, porque aquellos párrafos me parecen vibrantes de dolor y de sinceridad; y, por otra parte, la falta, en rigor, sería la misma. Pero si Rousseau substituyó realmente en su relato la cuchara por el lazo, habríamos de ver en ello una prueba de la tendencia, común en todos los hombres, á no confesar una falta sino con toda suerte de atenuantes y paliativos.

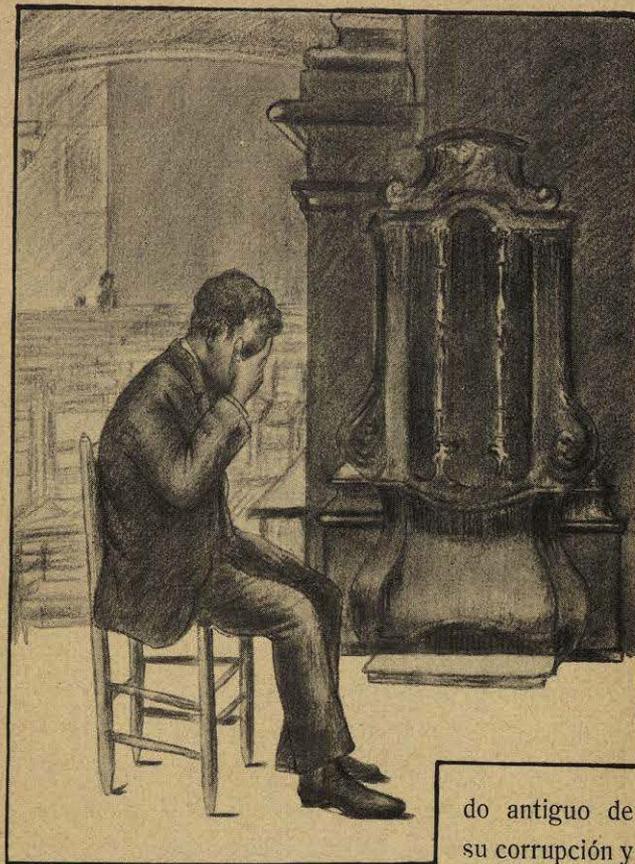
Esto sucede, lo repito, en casi todas las confidencias. No decimos la verdad entera, no llamamos cada cosa con su nombre. Muy raras veces diremos claramente: He faltado á la honradez... He hecho traición á un amigo... He sido ingrato... He sido malo... He sido cobarde...

Y aquí se manifiesta la grandeza de la confesión cristiana.

¡Oh, infeliz que vacilas bajo el peso abrumador de recuerdos penosos! Acércate y depón todo respeto humano. No temas causar horror ó repugnancia á ese desconocido que vas á tomar por confidente. Además, tu secreto no correrá riesgo alguno, porque sus labios están sellados por el sigilo sacramental. El que te escucha en un oscuro rincón no distingue siquiera tu rostro y no le verá enrojecer de vergüenza. ¡Habla! Confiésale todas tus faltas. El te responderá con indulgencia paternal, te hablará tan sólo de misericordia y de perdón. Exigirá, naturalmente, que repares el mal que has hecho; pero si esto no fuese posible, si no cupiera ya remedio alguno, se contentará con un sincero arrepentimiento de tu parte. Entonces te impondrá por único castigo el rezo de algunas oraciones, levantará su mano sobre tu frente, pronunciará una breve fórmula en latín, y te retirarás consolado, absuelto, sintiendo que tu alma se aligera, como si cobrara alas de ángel.

—¡Pero para esto, me respondes con un gesto dolorido, es preciso creer en la virtud del sacramento!

¡Pobre hijo de la incredulidad moderna! ¿Acaso el creer es tan difícil? ¿No sientes arder en tu corazón una sola gota de la sangre cristiana que durante tantos siglos corrió por las venas de tu raza? ¿No oyes resonar todavía la palabra milagrosa que sacó al mun-



do antiguo de  
su corrupción y  
domó la feroci-

dad de los bárbaros? ¿No has leído y meditado el Evangelio, el único libro en que hay palabras de consuelo para todas las penas del alma?

¡Pobre infeliz! No escuches á los que te dicen que la fe ha muerto y que la humanidad, desde hace un

siglo, ha roto con su pasado. Para promulgar la nueva ley—supongamos que signifique un esfuerzo encaminado á mejorar el porvenir,—fué preciso llenar á Francia de patíbulos y ensangrentar la Europa con largas guerras, sin que se hayan apagado todavía los lamentos de los que sufren. Jesucristo, por el contrario, para hacer triunfar su doctrina sublime, no derramó más que su propia sangre y quiso morir como un criminal; su obra está en pie hace mil novecientos años, y donde quiera que los hombres son menos malos y menos infelices, doquiera que exista un poco de justicia y de bondad, ¡mira bien! allí verás la cruz que el Dios-Hombre nos dejó, á su paso por el mundo.

Yo he sido mucho tiempo como tú, ¡oh, infeliz pecador de alma turbada, hermana de la mía! Lo mismo que tú, sin duda, yo no era un gran criminal. Mas únicamente el hipócrita fariseo se atreve á decir: «Yo soy puro.» José de Maistre tiene razón al decir que la conciencia de un hombre honrado tiene siempre algo de abominable. Como tú, pues, era yo un desdichado y buscaba por instinto un confidente lleno de indulgencia y de bondad. Y lo encontré, ya sabes dónde.

Haz, pues, lo que yo. Abre el Evangelio y ven hacia la Cruz. Desnúdate de toda vanidad, preséntate al tribunal instituído por Jesús, que es asiento de una misericordia infinita, superior á todos nuestros sueños de justicia. No ha mucho que nos entusiasmábamos ante el juicio indulgente de unos magistrados que absolvían

á una pobre madre, acusada de haber robado pan para sus hijos hambrientos. El ministro de Dios, que te espera en el confesonario, no te pide más que algunas lágrimas para lavar todas las manchas de tu alma. Su poder procede de aquella Bondad infinita que después de perdonar al buen ladrón en el Calvario, le abrió de par en par las puertas del Paraíso y de la vida eterna.

